

Devoraluces



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2021

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodocordelia.es

  @reinodocordelia.es  facebook.com/reinodocordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º - pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Ángel Olgoso, 2021

Ilustración de sobrecubierta: Lámina 12 de *America a Prophecy* (1795), de William Blake

Ilustración de cubierta: *Elohim creando a Adán* (1795), de William Blake

IBIC: FA

ISBN: 978-84-18141-35-5

Depósito legal: M-3529-2021

Diseño y maquetación: Jesús Egidio

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Devoraluces

Ángel Olgoso



Índice

☀	Las luciérnagas	13
	☀ Hajdú	17
	☀ Fulgor	23
☀	La Rosa de los Vientos	29
	☀ Pelikan	37
	☀ Villa Diodati	43
☀	La ilusión del horizonte	63
	☀ Okitsu	67
☀	La arena de las historias	73
☀	El calendario quimérico de lo que podía haber sido	79
	☀ Medio real	85
	☀ Émula de la llama	91
	☀ Odres nuevos	109
	Coda:	113
☀	Nomenclatura Borghini para los dedos de los pies	115



Para Marina, mi compañera, mi luz



«Lo que no transmite luz crea su propia oscuridad».

MARCO AURELIO

«Observa en las calles, durante el crepúsculo de un día nublado, la belleza y la ternura desparramadas por los rostros de hombres y mujeres».

LEONARDO DA VINCI

«¿Y por qué rechazaría los gozos esparcidos en el difícil camino de la vida? Son tan escasos que habría que estar loco para no pararse a recoger todos aquellos que están a nuestro alcance».

XAVIER DE MAISTRE

«¿Sabe?, he renegado de mi pasado. Ya no canto más que a la esperanza».

CONDE DE LAUTRÉAMONT

«Aun así, una enorme cantidad de luz recae sobre todas las cosas».

VINCENT VAN GOGH

«Y las estrellas eran unicornios dorados pastando en silencio sobre praderas azules a las que horadaban con sus cascos agudos y centelleantes como el hielo».

WILLIAM FAULKNER

«En teoría existe una posibilidad perfecta de felicidad: creer en lo indestructible dentro de uno mismo y no aspirar a ello [...]. A veces, a través de las palabras se cuejan restos de luz».

FRANZ KAFKA

«Vuelve a su luz
inmortal, a esta diaria
tensión de amor el prodigio
del mundo».

JORGE GUILLÉN

«La más honda verdad es la alegría».

CLAUDIO RODRÍGUEZ

«La belleza existe, una gracia completamente gratuita, un acto tan despreocupado y espontáneo como la curvatura de un tallo o la lumbre de una estrella».

ANNIE DILLARD

«Dame la vida en este anegamiento,
tú, espoleta en la luz del amanecer».

PERE GIMFERRER

«Aquello que nos falta te pidiera:
corpúsculos de luz,
racimos de color en la desdicha,
nobleza de cristal en la mirada».

MARINA TAPIA

«Maravillado estoy aún con *La máquina de languidecer*. Lástima que la mayor parte de sus relatos se asome a un mundo oscuro y a veces espantoso. Invito a Ángel Olgoso al texto donde de pronto se haga la luz allí donde había solo oscuridad».

JESÚS COTTA

Las luciérnagas

A Ángel Olgoso Morales

DURANTE AQUELLAS ETERNAS tardes entre la vega y el secano, alborotados por la sangre joven, azuzados por la libertad del verano, corríamos de un lado para otro como trompos ligeros, dábamos saltos como gorriones que van a echar a volar, pirueteábamos como virutas despedidas de la garlopa de un carpintero, perseguíamos vilanos, vigilábamos trampas de liria, destapábamos culebras, picoteábamos zarzamoras, nos atrincherábamos en los maizales, partíamos cañas por la mitad en busca de gusanos, saltábamos acequias lanzando silbidos terribles, arrancábamos juncos para entablar ridículos duelos de espadas tiernas y cimbreantes, tirábamos chinas contra los grajos y piedras grandes como membrillos contra los secaderos de tabaco.

Perdida la noción del tiempo, embriagados de licor de sol, llevados en volandas por un aire inmóvil con fragancias de mastranzo y pajuelas secas, planeando sobre un silencio de siesta roto solo por las chicharras y algunas esquilas de ovejas, culebreábamos en el agua verdosa de la Charca de la Viña, escalábamos riendo la Cruz de los Cigarrones, explo-

rábamos entre bufidos el empinado Cerrillo del Tesoro y el barranco hondo de El Salado, nos tendíamos despreocupados en la umbría de las piedras romanas de la Atalaya, alcanzábamos dulzonas brevas pajareando en higueras que, como nosotros, no pertenecían a nadie.

A lo largo de la jornada, el sol había dado de plano en los pelados eriazos del secano, en sus lomas y recuestos, en sus lienzos de almendros y olivos tripudos, y ahora, como si una nube de lento paso arrojara su sombra leve encima de la vega, el día empezaba a morir mansamente arropado. La luz había dorado sin clemencia la tierra, y ahora la iba velando de jugoso rojo, impregnando de manchas cárdenas las hazas, los caminos y las eras. El sopor se esfumaba, se alargaban los contornos, los plantíos aventaban una fina brisa frutal, bienoliente, el ascua del cielo se debilitaba poco a poco hasta que en aquel tránsito a lo oscuro casi no había distingos. Únicamente el sereno avance de la noche lograba detener las ínfulas de movimiento perpetuo de nuestras correrías. Con churretes de sudor en las mejillas coloradas, sentados por fin en los terrones de los balates, o de pie con las piernas bien separadas y las manos en los bolsillos descosidos, mirábamos todos hacia el lugar convenido, acechando como juramentados y sujetando una brizna de hierba entre los labios. Más allá de la Acequia Gorda, bajo del cerro que verdeaba todavía en aquella época del año, esperábamos cada tarde el milagro. Un portento que no podíamos entender y que tomaba parte en nuestras vidas, policromándolas con una emoción titilante y misteriosa.

Ahí nos quedábamos, muy quietos, en el centro del mundo, los corazones ancheados, los ojos dispuestos al asombro, como

si estuviera a punto de descender sobre nosotros una estrella o fueran a abrirse, de par en par, las puertas del País de los Sueños. Entretanto, una tras otra, cientos de pequeñas linternas comenzaban a encenderse y a llenar el horizonte de la vega de delicadas señales intermitentes, como brasas de los cigarrillos de nuestros abuelos reunidos en sigiloso cónclave, como pupilas innumerables que refulgieran parpadeando en la noche. Aún no era cerrada, pero los destellos prendían puros como diminutas tulipas de cristal en la creciente oscuridad. Nos parecía que aquellos fanales de cuento de hadas cambiaban de modo fantástico, que tan pronto se aproximaban como se espaciaban de nuevo, que iniciaban un diálogo luciente de chiribitas, alegre, confidencial, por el cual se nos arrebatava a regiones desconocidas, por el cual sentíamos nostalgia de algo que no había existido nunca, de cosas amables y frágiles, de alegrías sencillas e inocentes. El efecto, mirando absortos a través de la penumbra, era el de una cinta viviente de brillos quebrados, el de un mar abigarrado de espejuelos que se dispersaban en mil chispas, el de una lluvia de plata que levitara ante los sembrados. No acabábamos de admirarnos de esa visión que poseía algo de pátina fosfórica, de intensidad lunar. Embobados por la claridad líquida en la que hervían aquellos puntos movedizos, nuestra respiración se aquietaba y nuestros dedos se encogían, sin que lo advirtiéramos, dentro de las sandalias de goma. Aquella risueña insinuación de otra realidad que, a modo de rutilantes copos de espuma sobre las olas, atravesaba el espacio hasta nuestros ojos maravillados —donde viviría para siempre sin consumirse—, parecía anunciar una plenitud inefable, un júbilo confortador. Todos nuestros pensamientos estaban suspensos

en la sensación de aquel sitio: orlado de blanco, nimbado por tenues llamas rientes que pigmentaban la vega y la noche con su bruma lumínica, evocaba vagamente algo bello y distinto, una vida secreta de raros y efímeros instantes.

Puede que el resplandor de los gusanos de luz fuese fugaz, pero dejaba en el espíritu una especie de mágico encantamiento, de sorpresa cautivadora y latente, de paisaje de otro mundo. Puede que las luciérnagas desaparecieran, hace décadas, de la orilla hoy ciega de la vega pero, como quien pierde el rastro de un objeto precioso o una vez se abrasó de amor, como quien saborea en el recuerdo la extinguida gama de lejanos momentos felices, sus lucecitas dulces y centelleantes aún laten en la oscuridad con el ritmo de los sueños, aún hacen que el corazón se oprima con una inquietud indefinible, como si hubiera asistido a una operación prodigiosa de la naturaleza.

Ahora que se abre un profundo abismo, gélido e inabarcable, ahora que la noche verdadera se acerca y las ilusiones mueren con los cuerpos, ahora que las tinieblas ya descienden, la evocadora, la fascinante irradiación de aquellas luciérnagas ilumina brevemente el cuadro de todo lo vivido, resaltando la existencia desabrida y detestable en la que ardí, y trae a mi cabeza esa convicción subyugadora: el fuego de la soledad, la amargura y la saña no han conseguido evaporar el fresco misterio de aquellas luminarias en las remotas noches de verano.

Hajdú

A Ismael Ramos

HAJDÚ AMA ZAMBULLIRSE en el mar de los sueños. Salvo ellos, todo es ficticio en el mundo. Añora cada día ese lago nocturno, límpido, brillante, de una quietud primitiva, sin el menor oleaje, en donde la imaginación no puede ser penada y tiene una existencia real e independiente. Sin espaldas en que echarse obligaciones, cada noche Hajdú va y viene de ese otro dominio, abasteciéndose de sueños. Poseen al mismo tiempo la belleza de una herramienta y la delicadeza de una llama que se dobla ligeramente con un temblor de párpado. Aunque los mares solo se ven desde tierra firme, Hajdú salta ufano de un sueño a otro, enaltecido por su conciencia soberana, y estos lo favorecen sin resistirse, como arneses que no pudieran sacudir su escarcha. Cada noche Hajdú hunde las manos en esas aguas balsámicas como en la abundante cabellera de una mujer hermosa. Cada noche, desde la orilla de la vigilia, se conduce a sí mismo a ese paraíso donde ondula el misterio de lo no entendido, de lo vislumbrado, al igual que ocurre en el arte, donde la vida es preciosa pero indefinible, con algo de mediodía tardío, donde no se sabe cuál

es el cielo y cuál es el mar, donde la alucinación provoca efectos extraños sobre los sentidos, como efímeras que jugaran en un rayo de sol, como leones que rugieran sobre un lecho de adelfas. Hajdú ama nadar bajo esa cascada de ensañaciones, entre el luminoso culebreo. Allí, bien aprovisionado de maravillas y caprichos, siente la alegría de estar vivo, la cosquilleante felicidad de lo imposible, nota la sangre en sazón y todo cobra sentido porque sus aguas contienen la suma de todos los sueños de todos los hombres desde el comienzo del mundo. Y tras cada cautivador viaje, Hajdú se despierta invariablemente sediento, con una sed imperiosa.

Hajdú soñó, por ejemplo, que era un hombre-barca en movimiento, y que crujían los aparejos mientras sobre su cubierta los pescadores arrastraban una red llena a rebosar de peces y matas de bajío en la que, junto a todo ello, venía un niño boqueando, al que el patrón de la embarcación, con amorosa lentitud, con los movimientos propios de una paciente reconversión, devolvía al agua.

Hajdú soñó que vivía en la helada Wagram, donde hacía tanto frío que las palabras pronunciadas se convertían en una mancha de plata antes de caer al suelo congelado, produciendo un tintineo de cristal. Al llegar la primavera, el nuevo sol prendía fuego a la tierra y a la hierba que antes había brillado como lágrimas de cuarzo. Las palabras despertaban entonces y Hajdú, con ayuda de su acanastado carro de carbonero y su caballo ruano, se encargaba de recoger esas conversaciones atrasadas que llenaban el aire.

Hajdú soñó que asistía en la Corte a un baile de disfraces. En la pantomima, la reina encarnaba a la Belleza y sus damas a las otras siete virtudes, y ocupaban el Castillo Púrpura.

Todas lucían su nombre bordado en oro en la gasa del tocado, Honor, Perseverancia, Amabilidad, Constancia, Generosidad, Misericordia y Piedad. A los pies del Castillo, rodeando el tazón de mármol de la fuente, había otras cortesanas, libres de tapujos, con gorros milaneses negros y nombres como Desdén, Celos, Pereza, Desprecio o Lengua Mordaz. Luego entraron ocho caballeros con actitudes gallardas y grandes capas de raso de color azul, entre los que se contaban Amor —el rey en persona—, Nobleza, Juventud, Devoción, Lealtad o Dulzura. La aparición de Deseo Ardiente, un joven vestido de raso carmesí con llamas de oro, causó un gran revuelo en ambas filas. Unos defendían la pequeña fortaleza y otros porfiaban su entrega. Unos se mostraban dadivosos y otros amagaban fugaces ofrendas. Entre los contrafuertes y las almenas, entre las escalinatas y el estrado isabelino hubo una batalla en que damas y señores se arrojaban frutas, agua de rosa y dátiles que volaban como floridos festones. Al final, lady Desprecio y sus compañeras huyeron del Castillo Púrpura, esfumadas en la negrura de los sotos del río, los hombres convidadores sacaron a las ocho virtudes a bailar y, después del torbellino de la danza con sus fragantes ráfagas de voluptuosidad, se festejó un opíparo banquete.

Hajdú soñó que se llamaba Marman, que tenía los ojillos maliciosos de Charles Laughton, el elegante cinismo de George Sanders y la esnob pedantería de Clifton Webb, que había decidido confinarse en su casita de las afueras para vivir libremente, para dar rienda suelta —sin compromisos— a su amoralidad, para incordiar las convenciones, las normas de convivencia, el vestuario, la higiene, la alimentación, el ruido indiscreto, para resistirse a las acciones y

previsibles ataques del exterior, que comenzaba por regar el césped mientras llovía y que unas ranas croaban enloquecidas.

Hajdú soñó que era discípulo de Hokusai, y que en el taller el maestro le insistía para que en sus grabados representase siempre a una liebre a los pies de las doncellas, pues se trataba de una alegoría de la fertilidad. Hajdú le replicaba que aquel animal era alegoría de la virginidad y, para zanjar la disputa, volaron a horcajadas de una nube, avivada por el empuje del mistral, hasta la iglesia de san Bartolomeo de Lípari. El viaje duró veinte años. Hajdú fingía que dormía y que soñaba. La nube era lo bastante joven como para ganarse la vida, como una gabarra flotante que sin cesar bajara carbón por el río. Finalmente llegaban a aquella iglesia de las islas Eolias, donde palmatoria en mano, bajo una vidriera de colores con un pájaro de fuego y un cazador deslumbrado, consultaban *El mercado selecto de los conocimientos bienhechores*. Sorprendido por no encontrar en la antigua enciclopedia china el significado de aquel símbolo, Hokusai comenzaba a hacerle cosquillas al pupilo con la punta encerada de su quitasol de papel.

Hajdú soñó que ejercía la medicina en el Instituto Corporal Total donde, bajo una luz de minio y escoltado por una escribanía de termómetro y una colección de jarrillas de panzas vidriadas, curaba a los enfermos a su cargo aplicándoles únicamente una hoja de col.

Hajdú soñó que era cazador de segunda línea para patronos con escasa puntería, que pagaban grandes sumas por la eficacia de sus disparos y por su insobornable discreción. Él, mientras tanto, gozaba con los nombres de los cotos y

ventorrillos en que tenía lugar el acecho, y los apuntaba minuciosamente en una libretita encuadernada con piel, saboreando sus sonidos, paladeando cada sílaba como si fuera esponjoso pan de azúcar: Peñaranda de Bracamonte, Arcángel, Ribazo, Cenascuras, La Alquibla, Gor, Cehegín, Milicianos Altos, El Reolid, Espantadiablos.

Hajdú soñó que se ataba un cíngulo de trapo alrededor de la frente y, con la agilidad de un ratón, subía por el interior de la chimenea de piedra blasonada hasta el techo de la casa donde, con una vieja escoba, dejaba cada noche el firmamento cuajado de estrellas.

Hajdú soñó que él y su hermana acompañaban a su padre moribundo en una habitación de hospital que olía aturdidamente a celindas, y que aquel hombre lleno de bonhomía, preocupándose por sus dos hijos sin dejar que se notase, les otorgaba la última lección al preguntarles, con encubierto aire de gratitud y una inflexión paternal en la que se mezclaba la compasión y el orgullo, «¿Qué hacéis aquí? ¿No tenéis familia?».

Todos esos, y muchos más, eran sueños sin dueño. Hasta que una noche Hajdú soñó con una fiesta de la vendimia. Apartó una fronda de helechos y vio a las gentes diseminadas por la colina, bailando, cantando o bebiendo cuarterolas de vino a la sombra de los ramajes. Hajdú sentía como si un cielo joven se le vertiera encima. Las canciones de los romeros reforzaban la paz y el bienestar del momento. De pronto, con una puñalada de luz, el sol le reveló un nuevo color al señalar el cabello de aquella mujer, recostada en la cima de la colina bajo las pingorotas de los árboles. Agitaba su pelo con una dulzura inmutable, insinuando el ardor y la

jugosa beatitud de la vida perfecta. Era como una anémona resplandeciente, a la vez dócil, viva y cálida que estuviera envuelta en fuego, pero procedente de menudos vidrios de colores ardiendo en su interior. Parecía estar hecha de una conformidad risueña y encantadora. Todo el deseo se volcó en Hajdú y empezó a embelesarle la idea de mirarla a los ojos melados, de tener su regazo por almohada, de sentir la ternura bajo la yema de sus dedos, de robarle la lava celeste de un beso que se derramara por todo su cuerpo. Nada hay como la palabra compartida en amor y compañía, como cantar la maravilla de una renovación. Caminando a gatas, henchido por una expansión íntima y sugestionadora, Hajdú escaló la verdeante colina mientras en su corazón crecía el rumor de un torrente impetuoso, como si llevara dentro de sí la delicia de un secreto demasiado valioso para hablar de él. Ya veía la suave corva bajo la falda de la mujer, y el fuste blanco de su muslo, ya estaba junto a ella, ya creía respirar el mismo aliento, la misma fragante pasión cuando la oyó reír con ganas a las palabras de un hombre echado tras su figura, oculto por el declive de la colina.

—Lamento la confusión, señorita —se disculpó Hajdú, desconcertado—, el sueño es suyo. Usted perdone.

Fulgor

A Margarita Osborn

LA NUEVA CORRIÓ de boca en boca: hacia Poniente, en lo hondo de una pequeña aldea, lejana como un hacecillo de leña sobre un collado, vivía un hombre pobre, menudo y de ojos overos, que enfrentaba la miseria y las adversidades con la alegría natural de su corazón, sintiéndose satisfecho de todo y con todo.

Se decía que estaba siempre risueño, que al enseñar los dientes repartía azúcar cande, que su bondad tenía la dulcísima pureza de la aurora, que su dignidad era la de los trigos apuntados, que en el aire de cristal de los inviernos el frío no hacía tintinear su cuerpo ni la soledad su alma, que no humillaba el rostro a las tribulaciones o al hambre, que se gozaba en no necesitar más que la sombra de su higuera, la lámpara de óleo de su choza y el escardillo para cultivar su medio celemín de tierra.

A Matteo, tan falto de carnes, lo conocían en el pueblo como Uccellino, el Pajarillo. Era una criatura sencilla y jovial a la que nunca hendía el desconsuelo: a su mujer se la llevaron unas fiebres y a sus dos hijos una de esas guerras que

encapotan de vez en cuando el reino, pero Matteo seguía recibiendo cada día la aguzada luz de la mañana con el mismo alborozo con que sorbió durante años las dulzuras del hogar.

Sus ojos chispeaban de continuo como ajorcas de plata, sin cavilaciones ni desvelos. Y su compañía era como la flor del espino abriéndose entre el zarzal del vecindario.

Sin saberlo, aquel alegre hechizo que Matteo exhalaba en vida se alzó en torno a él como alas de gasa, y se fue transmitiendo su gentil arrullo de comarca en comarca, de reino en reino, dejando en el espíritu de los hombres en agraz un recuerdo de cuando el mundo era más hermoso, un anhelo de contento, de demandas de afecto, una pleamar de inocencia y cosas menudas, un ámbito de paraíso donde el júbilo de cada criatura hilaba una sarta de perlas, donde cada corazón, esponjoso como el de un recental, se holgaba de su fortuna y de las rutilantes maravillas del mundo.

Pronto dieron albricias por la noticia en todos los rincones de la tierra. Pronto se prestó fe a viejas profecías. Pronto los tañedores de laúd esparcieron, como un áureo vapor de flores, canciones desconocidas.

Desde celosías y entarimados, desde jardines y terrazas, desde corrales y pajares, desde almazaras y cocinas abovedadas, desde zocos y canales, pronto se rindieron alabanzas a aquel hombre pobrísimo que no debía vasallaje a la hiel de la discordia, del enojo o del escarnecimiento.

Todos querían su dulce conversar, todos deseaban contemplar las yemas florecidas de su sonrisa y su entusiasmo, el vivero donde no crecía ni el resentimiento ni el hastío.

El Pajarillo había despertado sin querer la inspiración de las gentes. Nada agraviaba su ánimo. Su ufanía tenía

ese olor embriagador de una crujiente hogaza recién horneada. Y su regocijo innato, llano y espontáneo, descendía como un claro sueño sobre los hombres, como cuando nace una leyenda y se felicitan por el privilegio de tomar parte de esos días en que fulgura el honor y la gloria.

Reyes y súbditos, doncellas y mancebos, mercaderes y artesanos, yunteros y sabedores de cábalas, familias enteras, todos dejaron sus villas y sus alquerías, sus fortalezas bien defendidas y sus altos torreones, sus establos y sus casas de placer, sus templos con pináculos y sus herrerías, sus tejados de cobre y sus almiares, sus puertos y sus algosos estanques, y vinieron por oleadas a sinuosos caminos rebosantes, a pie, en montura o en carretas rechinatoras, contagiados por una especie de embelesamiento, como movidos a guerra, atorbellinándose en una cruzada clamorosa, en una multitud de afluentes que avanzaban por los cuatro puntos cardinales como proas de movedizas nubes multicolores, que se abrían paso o viraban al son de pífanos y del voltrear de campanas.

Fueron tomados linderos y lomas, barrancos y arroyos, majadas umbrías y bosques barbados. De entre las ringlas de viajeros ascendía una centelleante niebla de polvo nómada, pero también de tonadas y matracas, de vítores y entusiasmo, que convertían en revolcaderos las veredas y las cañadas.

Si antes descansaban de sus trabajos en lugares abrigados, bajo doseles o sobre esteras de pleita, a la llama de humeantes bujías, ahora no les importaba dormir al raso, con la frente apoyada en el embozo púrpura del empavesado cielo nocturno, levantar toldos en medio de campos paniegos o de declives de montañas, alumbrarse con trozos de maderas resinosas, solazar sus pies doloridos entre las breñas, arroparse con una brazada de heno.

Si antes comían lo mollar de la caza y de los gansos, si se embuchaban encurtidos, pasteles de lamprea o gachas de alcuzcuz, ahora las almendras amargas, los ásperos cigarrones del camino, las ratas almizcleras y el goteo de las hojas se les figuraban deleitosos manjares, tan confitados como bollos maimones, bizcochos de canela o alegrías en rama.

Sin timonel ni capitán, aquella espuma errante fluía vivamente como trazada a muñequilla en dirección a la mísera casita de Matteo. No tenían que pagar el portazgo a centinela alguno. Y parecía que la brisa los tomaba en sus brazos y se complacía con aquel rebaño incalculable que corría a abreviar en la fontana prodigiosa del Pajarillo.

Sobrepujados por su rumor campante de tropa multitudinaria, se agolpaban en lontananza al flamear los crepúsculos, se guiaban interpretando el cielo y el vuelo de las aves o venteando los designios del aire. Los niños brincaban a su antojo como gorrioncillos. El fresco encendía las mejillas de las muchachas. Los limosneros meneaban sus carracas.

Aquel desfile de pisadas hacía ruido de aguacero. Aquel fragoroso enjambre iba cuajado de zurrones y cayados, de alforjas y linternas, de astiles y tocas, de guirnaldas y pabellones. Aquel aluvión humano asaltaba cercas, desfondaba portillos, pisoteaba la hierba cana de la escarcha y las flores de pipirigallo y, con su cascabeleo, con su silvestre algarabía, con su alboroto de corral, domeñaba madrugadas que tardaban en despuntar.

Mientras tanto, ajeno a ese pueblo canoro que se dirigía hacia él como una ventisca de pavesas, Matteo, carialegre siempre, silbaba y escardaba pacientemente la tierra al amor de su higuera.

A medida que se iban agrupando los distintos ramales de aquella grey trashumante, a medida que aquella ingente expedición se acercaba al modesto hogar del Pajarillo, arreciaba en sus cantos. Traían enredado en sus cabezas el perfume agreste de la intemperie, el soplo que emborracha, la brizna de romero y mejorana, el airecillo de las montañas, de la paja fresca, de los dedales de rocío. Y a la livor de cansancio parecía superponerse un rescoldo de indecible felicidad, un relumbre festivo, una exultación luciente, un desasimio de las penas, como si por fin estuvieran llegando a sus heredades, al solar inimaginado donde crecen los árboles del bálsamo.

La Rosa de los Vientos

A Roberto Martínez Mancebo

EL CÍCLOPE le había negado el don de la hospitalidad. Tras embriagarlo con ardoroso vino de Marón sin aguar y decirle, jactancioso, «Nadie es mi nombre, quien te cegó con una lanza fraguada es el saqueador de ciudades, el hijo de Laertes, el hombre de Ítaca», Ulises y sus hombres escapan de la gruta atados al vientre de los corderos de Polifemo, entre una espesa nube de vellón.

Ulises anda a tientas en la oscuridad a través del cuerpo de la ballena, en dirección al resplandor que se divisa al fondo, sintiendo resbalar los pies en un líquido grasiento y ahogándose con el hedor terrible a pescado, semejante al de una cocina en Cuaresma. Bajo el umbroso espinazo del monstruo ve una mesa, diminuta como un juguete al pie de una cordillera de huesos de gigante. Encima de la mesita alumbrada, señera, una vela apretada en su botella de cristal verde. Ulises, que siente una alegría grande e inesperada al reconocer al viejecillo sentado a la mesa, todo blanco como si fuera de nieve, abre los brazos y se arroja a su cuello.

En el espacioso salón del *Nautilus*, el capitán Nemo no se muestra colérico ni sombrío. Con afabilidad, acompaña a Ulises a la biblioteca y a la sala de máquinas, y mientras le describe la soledad del océano, le refiere los doce mil volúmenes uniformemente encuadernados y los cincuenta nudos de velocidad máxima de la nave, le explica el funcionamiento de las baterías de sodio-mercurio, del espolón con el que ataca a los barcos en su errar como heraldo de la venganza. Al fin el submarino con forma ahusada de pez vela entra en la bahía de Vigo, dispuesto a aprovisionarse con el legendario oro de los codiciados galeones hundidos en la batalla de Rande.

Hasta llegar a aquella rada abierta y sin defensa, John el Largo no se había separado del timonel e iba marcando el rumbo. *La Hispaniola* se balancea hundiendo sus imbornales en las aguas de la Isla del Esqueleto, refugio de piratas en otro tiempo. Acodado en la borda, Ulises oye el ruido de las lejanas rompientes. Y ya en el fondeadero, avista el cabo Boscoso batido por el oleaje y la cumbre de la isla, envuelta en niebla, que sobresale como un diente y a la que llaman el Catalejo.

La mugre del bucanero se le va engrudando al cuerpo al tiempo que se habitúa con perseverancia a las tareas y a los nuevos utensilios, a ser perseguido por los caníbales que quieren devorarlo como a un chorlito, que obtiene con empeño parcas cosechas de arroz y cebada. Ahora, en el vigésimo cuarto año de vida solitaria en la isla, Ulises despierta en su hamaca. No se nota indispuerto o febril, guarda carne de ave y de cabra y munición para sus mosquetes, lo custodia su gran sable sin vaina, pero la soledad, que altera

los afectos y los deleites, sembró hondo la idea de alcanzar al continente en la canoa que tardó meses en construir.

Sobre ella va remando cuando lo recoge el *Pequod*, que lleva el velamen desgarrado. A Ulises lo invade el mismo bullente júbilo que el que sintió en la isla al lograr un cacharro de arcilla resistente a las brasas. Ahab, el viejo Trueno, obliga a sus hombres a juramentarse en persecución del cachalote blanco. El aire está aún sulfuroso, aún quedan lenguas de pálido fuego en todos los peroles, el tatuaje de Queequeg parece arder en su piel, el bifurcado arpón de Ahab centellea todavía como una lanza satánica. «¡Que los fuegos de San Telmo tengan misericordia de nosotros!». De un solo aliento, Ahab extingue la llama. Para los marineros las maldiciones son palabras domésticas, blasfeman en la calma y en la tempestad.

Pese a todo, a veces los Swann se deciden a pasar la tarde en el barco. Sus criados acuden con lámparas que sitúan en altares consagrados y que arden celebrando un culto desconocido. Ulises escucha con arrobamiento la hermosa sonata para violín y piano de Vinteuil, y rememora el descanso que le procuraron las palabras de Gilberte, tal como la vio por primera vez en Combray. De pronto atiende esa parte de la sonata que contiene la frase que Swann quiso tanto. Aquel indicio revelador, delicioso, produce una liberación instantánea y mágica, aquel momento de iluminación, de frescor, de noche oscura y grata bajo los árboles le descubre las bellezas de la vida, le insinúa que nuestros dolores no son nada: los trémolos que cubren a la pequeña frase musical en casa de los Verdurin, descienden sobre Ulises como una diosa protectora y confidente de su amor. Los arpe-

gios de los violines mueven los resplandores tenues de París, disipando desilusiones puramente espirituales y dejando sin color a los peligros. La realidad suprema del arte incendia las sombras imperfectas y degradadas de lo visible.

Ulises emite entonces un quejido de dolor y Scrooge, lívido, se estremece, afianzándose en los brazos del sillón para no caer desvanecido. El espectro hace ondear su cuerpo transparente, agita la coleta de su cabello, los faldones de su levita, las borlas de sus botas. Petrificado, Scrooge escucha que todo espíritu, al actuar caritativamente en su minúscula esfera, se encuentra con que su vida mortal es demasiado breve para sus grandes responsabilidades de servicio. Entretanto habla, Ulises hace restallar la cadena en el silencio de la noche. Larga y enroscada, sus eslabones están formados por llaves y candados, libros contables y arquillas para dinero, talegas de acero y escrituras de compraventa.

El estrépito resuena al otro lado del río, en una pulquería llamada *La Sepultura*. Dentro, el Cónsul, borracho de mezcal, gira inquieto como un yatecillo anclado. Ulises aguarda a Geoffrey afuera. Están de nuevo en Quauhnáhuac, en la calle de la Tierra del Fuego, frente al palacio de Cortés. «Finjamos alguna excusa y vámonos tan pronto como sea posible. No me importa cuántas copas bebas después». El Cónsul se ha vuelto hacia Ulises. «¿No te queda nada de ternura ni de amor por mí?». Las constelaciones sobre la bahía de Acapulco son un huracán de hermosas mariposas que zigzaguean en círculos cada vez mayores. Ulises se siente arrebatado hacia las alturas, en una especie de sueño incandescente.

Al sonido de las trompetas, sueltan en la arena del anfiteatro a un enorme toro germano que lleva atado a los cuer-

nos el cuerpo desnudo de Ligia. Ulises, el coloso que mató a Crotón, aferra con sus manos la cornamenta de la fiera, inmovilizándola, mientras la multitud, que sigue los giros de la lucha desde las graderías, contiene el aliento. Cuando Ulises, encorvada la espalda como un arco y hundidos los pies en la arena hasta los tobillos, consigue doblar la cerviz de la bestia, el público brama de asombro y pide el indulto de los prisioneros.

Pero esposan y atan a Fabricio por una larga cadena a la sediola misma en que lo instalaron, que sale para la fortaleza de Parma con una escolta de ocho guardias. Ulises, en su calidad de podestá, acompaña al entumecido preso. Seguidos por los pilluelos del lugar, atraviesan por fin el paseo de grandes árboles, pasan delante del palacete donde disputó el corazón de la bella Fausta y se presentan ante la puerta exterior de la fortaleza.

De inmediato aparecen los ceñudos piratas siguiendo su rastro, ya que las cosas ocurren deprisa en la isla. Los Niños Perdidos han huido más rápido que un conejo al oír la canción que entonan los piratas en su avance:

Viva, viva la vida del pirata,
un cráneo y dos tibias en la bandera.
Viva la alegría y una buena sogá
y viva el buen Satán que nos espera.

La isla bulle de vida. Rompen el silencio los lametones lejanos de los animales salvajes al beber en el vado, el ruido rasposo de los pieles rojas de Tigridia al afilar sus cuchillos y *tomahawks*, las fuerzas principales al buscarse: los Niños

Perdidos rastrean a Peter, los piratas a los Niños Perdidos, los pieles rojas a los piratas y los animales a los pieles rojas. Ojo avizor, unos y otros dan vueltas y más vueltas pero no se encuentran porque llevan el mismo paso. Todos quieren sangre salvo los niños, a quienes no les gusta por lo general, prefieren pasteles bien espesos con azúcar verde por encima. Ulises aparta unos matojos con el garfio de hierro y revela la boca de una cueva. Con su voz negra, el capitán ordena a Smee y a Starkey que miren con atención. Allí están los siete árboles, cada uno con un holgado agujero en el tronco hueco. Allí están las siete entradas a la casa subterránea que Ulises ha buscado en vano durante tantas lunas.

Un crecido rosal se alza cerca de la entrada. Aunque sus flores son blancas, tres jardineros las pintan de rojo. A Ulises le parece muy extraño y se acerca para averiguar lo que ocurre. Los jardineros tienen forma oblonga y plana, con las manos y los pies en los vértices de su figura. Cinco y Siete discuten en tono dolido. «¡Es culpa tuya, Siete, por haberle llevado a la cocinera bulbos de tulipán en vez de cebollas! ¡Si la Reina descubre que plantamos un rosal blanco por equivocación, nos cortarán a todos la cabeza!». Cinco recibe un golpe en el codo y salpica a Ulises de pintura roja.

A este le laten las sienas con violencia. Un perfume de madreselvas embalsama la estancia. Ulises, vestido de etiqueta, desanuda la bufanda de seda en torno a la garganta y contempla con interés su propio retrato, realizado por el artista Basil Hallward. El retrato de un joven de extraordinaria belleza que lo mira con la burla de la juventud, que lleva escritos en la cara sus pecados secretos como un fino craquelado, que trata al prójimo como si fuera una flor que se

pone en el ojal de la chaqueta. Ulises sabe que el Destino le reserva exquisitas alegrías y temibles sufrimientos, pero también que el alma se puede curar por medio de los sentidos.

Por eso, sintiéndose de nuevo libre y contento, vuelve a ponerse la ropa vieja y a llevarse su pellejo de azúcar, cruzando el jardín de la viuda en dirección al cerro y a los pasadizos de la cueva, donde lo esperan los chicos para firmar ese juramento que tienen todas las bandas de buen tono. «Ser cuatrerros y robar ganado no resulta elegante, seremos salteadores de caminos. Nuestra banda se llamará la Banda de Tom Sawyer». Cada uno de los chicos se clava un alfiler en el dedo y deja su señal de sangre en el papel. Ulises tiene padre, pero últimamente no lo encuentra nadie. Antes, de ordinario, estaba borracho con los cerdos en las tenerías.

Ulises lo busca en el burdel de Belle Cohen. En su estrecho pasillo de la primera planta se cruza con la esposa de Charles Bovary, que lleva un alto peinado, nubes de tul bajo los hombros, una flor prendida en el pecho con un broche y brazaletes ciñendo sus muñecas como guirnaldas. Ulises pregunta por él en la tienda de vino y licores de Davy Byrne, sobre cuyo mostrador Oskar Matzerath toca incansable el tambor. Consulta infructuosamente a Holmes en sus habitaciones de Baker Street. Camino de Nighttown, el distrito rojo de Dublín, lo adelantan tres mosqueteros que cabalgan tras los herretes de la reina, el Príncipe de Salina le devuelve el saludo y se hace amigo de Lázaro de Tormes. En la casa de baños contigua al hotel Ormond, don Quijote lucha denodadamente contra unos pellejos de vino y el arrogante Yoshihide da las últimas pinceladas a su biombo infernal. El Freeman's Journal es el palacio de cristal donde Merlín encantó a Dul-

cinca. Este dieciséis de junio Ulises haraganea por la orilla del río Liffey, absorto en la cabellera de Ofelia que ondula en sus aguas con sedante delicadeza. Lo visita un torbellino de pensamientos volanderos, que se esparcen en la humedad de esta Ítaca neblinosa como orlas de espuma reavivándose en la cima de una ola. Ulises añora de pronto la compañía de una botella de vino añejo del Rhin, de un oloroso plato de riñones de cordero a la parrilla, de las estatuas de diosas griegas del Museo Nacional, del parloteo del marinero borracho D. B. Murphy, del cuerpo tan redondo y tan blanco de Molly Bloom, como una torta de alcaravea que lo esperara con desdeñosa paciencia en su casa inundada de polvo, de berza y de sueños de rosas, añora toda esa vida llena de sangre caliente, todas esas cosas que no ocurrieron jamás pero son siempre.